

la ciudad, peleó acá y acullá con una muchedumbre frenética que en medio del asombro y las tinieblas de la noche apenas sabían contra quién dirigían sus espadas, y no retrocedió hasta que viendo aumentar sus enemigos, y considerando el peligro en que iba á encontrarse si le alcanzaba allí la aurora, salió de la ciudad con Venegas y un corto número de valientes que pudo escapar con vida de tan sangrienta y desigual refriega. No se dirigió ya á Mondújar, sino á Málaga, donde tuvo establecida su corte hasta que los desaciertos de su hijo volvieron á llamarle al trono.

Había en tanto una grande animación militar en Córdoba. Con el objeto de asegurar más la conquista de Alhama se proponían los Reyes Católicos cercar á Loja, sita en la garganta de una cordillera, que abría paso á los reinos de Granada y de Sevilla. Habían llamado ya á las armas á todos los pueblos de Castilla y Andalucía, agrupado en torno suyo la flor de la nobleza, hecho grandes aprestos de víveres y armas, recorrido minuciosamente el país cuya conquista era objeto de sus afanes; y no bien tuvieron organizado su ejército, que se componía de ocho mil infantes y cinco mil caballos, pasaron el Genil por el puente de Écija y cercaron á Loja, sentando sus reales á la orilla misma del río entre unos frondosos olivares. Grande era su esperanza, grande el entusiasmo de las tropas, grande la pericia y el valor de los caudillos, tostados ya casi todos por el sol de los combates; mas hubieron de medir sus armas con el bravo Aliatar, alcaide intrépido que á pesar de ser hijo del pueblo, había sabido conquistarse una posición brillante entre los más ilustres caballeros de Granada, y había dado á su hija Moraima por compañera de Boabdil, á la sazón su soberano; y no sólo tuvieron que levantar el sitio, sino que también se vieron obligados á retirarse precipitadamente, dejando en el campo al maestro de Calatrava, llevándose heridos un duque de Medinaceli, un Pedro de Velasco, un conde de Tendilla, corriendo á cada paso el riesgo de caer en manos del enemigo,

que pretendía coronar su triunfo con la prisión del rey Fernando. Emplearon toda la serenidad y valor de que eran entonces capaces pechos españoles; pero no dejaron de quedar confusos con tan inesperada derrota. Temieron no sin razón por Alhama, y la socorrieron á poco con seis mil caballos y diez mil peones; socorro por cierto oportuno, porque no bien llegó allí, cuando ya estaban cercando la plaza numerosas huestes de infieles recién venidos de Granada. salvaron por tercera vez la villa, y este fué el resultado de toda su campaña.

Muley, aunque destronado, no recibió con menos placer que el mismo Boabdil la noticia de haberse vencido en Loja á los cristianos. Entusiasta por su patria aún más que por su trono, y valiente hasta el heroísmo, oía siempre con gozo las hazañas de sus súbditos, y no sólo las oía, sino que también las comentaba, las aplaudía y se sentía impelido á sobrepujarlas. Al saber que cercaban á Loja, convocó y reunió en torno suyo á cuantos guerreros pudo. No fué ya necesario dirigirlos á esa ciudad, y los llevó á correr la comarca de Medina Sidonia, de donde volvió después de una sangrienta escaramuza con ricos despojos y más de tres mil cabezas de ganado. Vió algún tiempo después desde su corte cubiertos de humo los ásperos cerros de la Ajarquía de Málaga; supo que andaban por ella talando la tierra el maestro de Santiago, el marqués de Cádiz, el conde de Cifuentes, D. Alonso Aguilar, D. Pedro Enríquez, los alcaides de Jerez, Morón y Archidona y otros caballeros, acompañados cada cual de sus soldados, amigos, deudos y parientes; y, como si sintiera aún en sí el ardor de sus primeros años, pidió lanza y caballo, deseoso de castigar con sus propias manos la audacia de los enemigos de su patria. No salió de Málaga porque no lo consintieron ya sus parciales; pero con ese ímpetu guerrero inspiró un ciego entusiasmo á su hermano Abdala el Zagal, y á los bravos Reduán y Abu-el-Cacim-Venegas, y gozó dentro de pocos días oyendo de boca de sus valientes que perdidos y dispersos los cristianos entre las fragosidades de la Sierra,



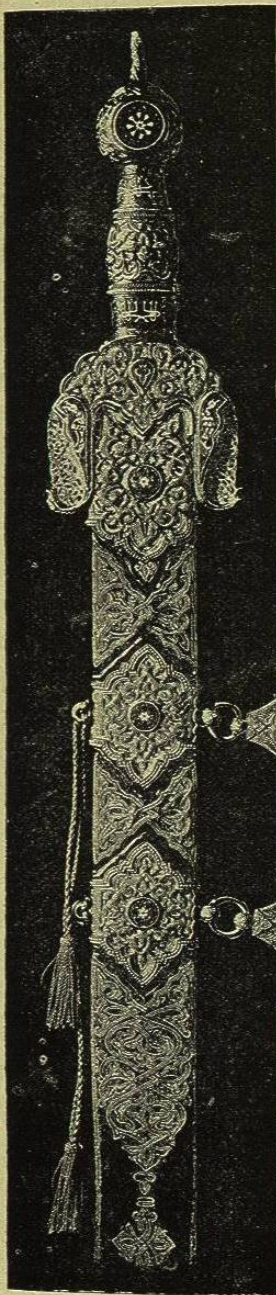
acosados por todas partes y rendidos al hambre y la fatiga, perecieron en su mayor parte, unos bajo las lanzas de los creyentes, otros bajo enormes peñascos precipitados desde lo alto de los cerros, otros arrojados en el fondo de los precipicios y de los torrentes. Cuando vió llegar á los suyos con mil quinientos prisioneros, con gran número de banderas, arneses y caballos, con el infeliz conde de Cifuentes, que peleó con el mismo Reduán, y tuvo que entregarse al fin vencido; cuando supo que habían dejado además en la Ajarquía más de ochocientos cadáveres, y puesto en estado tal á los cristianos que bastaban las débiles manos de una mujer para cautivarlos, estuvo ebrio de gozo y llegó á olvidar sus desventuras y aun á creer que era todavía rey de ese pueblo que fué para él tan ingrato. Presentiría tal vez que no había de tardar en volver al trono á que le llamaban el derecho, la energía de su espíritu y su nunca desmentido valor?

Resonó la fama de esa derrota en todo el reino de Granada; y el pueblo, que rara vez se engaña, la atribuyó toda á Muley y á los que le habían sido leales después de su desgracia. Empezaron á echar en cara á Boabdil la flojedad de su gobierno, desearon verle como á su padre entregado al furor de los combates, y para sostener una corona, que apenas había calentado su cabeza, no pudo menos de abrir una campaña é ir á recoger en el campo de batalla laureles con que satisfacer la vanidad del pueblo. Partió Boabdil á la guerra, y fué desgraciado. Es fama que al salir lloró Moraima temiendo que no había de volver á verle, se le rompió la lanza contra la puerta de la ciudad, y en la rambla del Beiro dió con una zorra que no pudieron herir las flechas de sus soldados; mas todos estos accidentes, aunque hicieron presagiar mal al pueblo, cuentan que no lograron arrancar de Boabdil sino una sonrisa de desprecio y las arrogantes palabras: «sé desafiar á la fortuna».

Salió Boabdil de Granada á mediados de Abril de 1483. Reforzó á poco su ejército con una crecida hueste que vino de

Loja á las órdenes del bravo Aliatar; atravesó el Genil, se extendió por los campos de Aguilar, Montilla, Rambla y Santaella, y ya que los hubo talado, revolvió sobre Lucena, defendida por el alcaide de los Donceles. Quiso ganarla por asalto; pero rechazado por el vivo fuego que le hacían los cercados desde unas tapias y casas llenas al intento de saeteras, hubo de limitarse á establecer un sitio riguroso, en que el alcaide supo entretenerle dándole esperanzas de que le había de entregar la plaza. Dió con esto lugar á que vinieran para los cristianos tropas auxiliares en tan gran número, que al sólo divisar sus estandartes creyó indispensable la retirada, y partió precipitadamente por Iznajar á Loja. No halló ya medio de salvación ni aun en este hecho, hasta cierto punto vergonzoso, porque atacado en el camino por auxiliares y sitiados, se vió de repente envuelto entre tantos enemigos que ni le bastó la serenidad ni el valor para conjurar el peligro que le amenazaba. Peleó como un león aun después de abandonado por los suyos; mas después, muerto el caballo y viendo la derrota inevitable, no tuvo más recurso que recurrir á la fuga vadeando á pié el arroyo inmediato de Martín González. Ganó la orilla opuesta y corrió á ocultarse entre unas adelfas y zarzales, temiendo ser conocido por la riqueza y brillantez de su armadura; y ni aun así logró escapar á los ojos de Martín Hurtado, que le prendió y llevó á Lucena creyéndole moro principal, aunque no rey de Granada. Gimió cautivo en Lucena durante algunos días tan desasosegado é inquieto que apenas veía cómo salir del apurado trance en que se hallaba, mucho menos desde que supo la desgraciada muerte de Aliatar, cuyo cadáver arrastraron las aguas del Genil hasta las rocas de Benamejí, donde cuentan que se le encontró con la mano pegada aún á la empuñadura de su espada. Al saberse que era el rey fué trasladado á Córdoba y luego á Porcuna, donde estuvo hasta que los Reyes Católicos decidieron ponerle en libertad, contra el parecer del maestre de Santiago, para encender más en Granada el fuego de la guerra civil, y





ESPADA DE BOABDIL

hacer que los mismos moros abriesen camino á sus ejércitos.

Fué puesto Boabdil en libertad no sin duras y muy duras condiciones. Tuvo que declararse vasallo de los reyes, ofrecer el rescate de cuatrocientos cautivos, comprometerse á pagar por espacio de cinco años doce mil doblas zahenes, obligarse á dar paso por sus villas y ciudades á las tropas de Castilla que pasasen á Granada con el objeto de hacer la guerra á los partidarios del rey viejo, que apenas supo su prisión se apoderó otra vez de la Alhambra sin encontrar oposición más

que en la orgullosa Aixa. Consintió en esta humillación, dando en rehenes á su hijo y á caballeros ilustres de su bando, y así por esto como por la sangrienta correría que acababa de hacer el rey Fernando en la Vega de Granada, donde tomó por asalto la fortaleza de Tajarja después de haber asolado las inmediaciones de Illo-

ra y Montefrío, encontró tan alterados á sus súbditos que no se atrevió á entrar en su corte sino por una de las puertas del Albaicín, lugar en que residían como medio desterradas su madre y su afligida esposa. Sorprendió, sin embargo, con su llegada á Muley,

tanto que apenas la supo éste por su wasir, llamó á la Alhambra á sus capitanes, puso sobre las armas el ejército, y reunió en torno suyo la flor de sus guerreros.

Permaneció Boabdil en la mayor inacción; pero no sus parciales ni sus enemigos, que al amanecer del siguiente día salieron con armas y ensangrentaron calles y plazas trabando escaramuzas y batallas. Promovieron unos y otros en toda la ciudad la confusión, la alarma, el espanto; y todos pelearon tan encarnizadamente como si viese cada cual en su contrario el más terrible de sus enemigos. No se suspendió la lucha hasta que Abu-el-Cacim-Venegas logró al frente de su ejército arrinconar en la Alcazaba á los partidarios de Boabdil, y éstos á su vez le rechazaron desde sus troneras y ajimeces. Llenos de ira los dos partidos, aplazaron el combate para el otro día, en el cual se repitieron y habrían continuado tan lamentables escenas á no haber mediado entre las tribus enemigas los alfakis y ancianos de la corte, que propusieron un armisticio dando á Boabdil la ciudad de Almería por lugar de residencia y capital de su reino.

Triunfó evidentemente Muley, y con el fin de afirmar su corona trató de excitar de nuevo el entusiasmo repitiendo en las fronteras los sucesos de la Ajarquía, tan celebrados aún de sus enemigos. Ordenó á los gobernadores de Málaga y Ronda, Bejir y Hamet-el-Zegrí, que dispusiesen tropas con que asolar los campos del reino de Sevilla, y con tal ardor les escribió, que á pocos días cruzaban ya los dos caudillos la frontera con un ejército de cuatro mil infantes y más de mil caballos. Mas no alcanzó los frutos que esperaba: divididas las tropas árabes en tres huestes, fueron atacadas en Lopera por D. Luís Portocarrero, y quedaron casi todos en el campo de batalla, pudiendo apenas escapar con vida el intrépido Hamet con menos de doscientos moros. Murió allí Bejir, y habría muerto el mismo Hamet á no ser por un renegado que, seducido por el oro, le enseñó veredas ocultas, desconocidas del ejército cristiano. Tantas y tan repetidas desventuras, la división del reino en dos monar-



quías, los odios implacables de las tribus, ¿cómo no habían de hundir á Granada en la tumba que le estaban abriendo dos reyes universalmente queridos de sus pueblos?

Cada derrota fué origen de nuevos desastres para los desgraciados granadinos. ¿Qué no trajo consigo la de Lopera? Zahara fué vencida, los campos de Alora, Coin y Cartama yermos, las tierras de Pupiana y Alhendín pasadas á sangre y fuego, la Vega de Málaga reducida á desierta llanura, aniquilada á pesar del furor con que la ciudad se arrojó sobre el ejército de Castilla. Alhama, esa villa ante cuyas murallas se derramó tanta sangre, escasa como siempre de víveres y amenazada casi de continuo por el hambre, fué de nuevo atacada; pero sin éxito. Los moros se estrellaron otra vez contra el valor y la tenacidad de los caudillos castellanos, entre los cuales descollaban por aquel tiempo el conde de Tendilla y Fernán Pérez del Pulgar, joven á quien jamás hicieron vacilar un punto las más temerarias empresas militares. Fué luégo conquistada por los mismos Reyes Católicos Alora; vencidas sin disparar una flecha Cartama, Alozaina y Casarabonela; llevado el incendio hasta las puertas mismas de Granada; reducida Setenil, contra la que nada habían podido las armas de Fernando de Antequera. No hay ya quien resista las poderosas fuerzas de esos reyes.

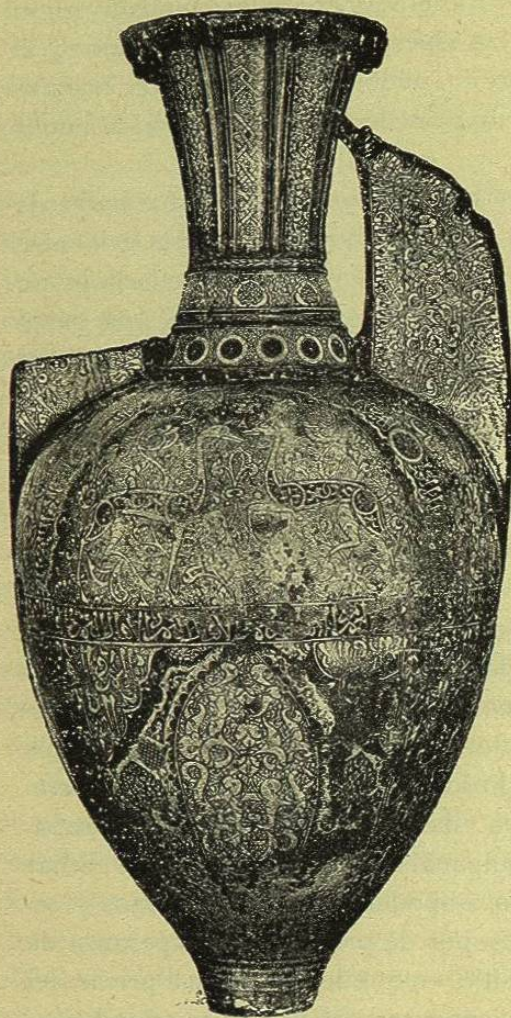
Los de Granada lejos de poder ocuparse en detener la caída de su reino, no pensaban sino cómo podrían sostener su trono contra las guerras civiles. Abdala el Zagal, hermano de Muley, no sabiendo ver con resignación dividido el reino en los momentos en que más urgía conjurar el peligro, compró el favor de algunos alfacíes de Almería, se dirigió á esta ciudad con sus más decididos parciales, entró, mató al gobernador, que quería poner en alarma al vecindario, y subió precipitadamente al alcázar en busca de Boabdil y de Aixa, á quienes pretendía llevar presos á Granada. Dió con la orgullosa sultana, á quien cautivó al momento, y con Aben-Haxig, á quien en un acceso de cólera hirió de muerte con su alfanje; pero no con Boabdil, que avisa-

do momentos antes, montó á caballo con sesenta de sus más leales partidarios y fué á buscar en Córdoba el apoyo de los reyes de Castilla. Bramó de ira el Zagal: había fundado en el buen éxito de su empresa las esperanzas de salvar el reino; y al saber la fuga de su sobrino no pudo menos de prever los días de luto y desolación que habían de amanecer para la infeliz Granada.

Recibieron los reyes á Boabdil con el placer que había de inspirarles naturalmente la continuación de la guerra civil entre los moros. Convocaron luégo para otra campaña toda la gente de armas de sus reinos; marcharon sobre Benamejí, que castigaron duramente por haber faltado á la alianza que tenía con ellos contraída; atacaron á Coin y la tomaron á pesar del arrojo de Hamet el Zegrí, que se abrió paso hasta la villa, y al verla obligada á rendirse, cargó sobre los vencedores al frente de sus intrépidos Gomeles evitando la humillación á que parecía haberle condenado su destino; se apoderaron de Cartama, intimidaron hasta hacerles creer necesaria la emigración á los vecinos de Churreana, Alhaurín, Guaro y otros pueblos, y fueron al fin á poner cerco á Ronda, una de las ciudades más ventajosamente situadas de la monarquía sarracena, defensa y metrópoli de toda la Serranía, baluarte hasta entonces inexpugnable ante el cual habían detenido los invasores sus ímpetus guerreros. Supieron que faltaba en ella el Zegrí y los mejores caballeros de la tribu que le acompañaba; y deseosos de aprovechar tan bella coyuntura, volaron á apoderarse de los caminos y cerros inmediatos, cortándoles por de pronto toda esperanza de socorro. Tras unos días de sitio, en que les llegaron á privar del agua, ordenaron el asalto, siendo tan felices en su expedición, que no tardaron en ver enarbolada la bandera de Juan Fajardo sobre la cúpula de la mayor de las mezquitas. Tuvieron que combatir aún por muchos días con los que fueron á guarecerse en el alcázar; pero los obligaron al fin á pedirles la paz atormentándolos con el incesante fuego de sus cañones, que abra-



saron y destruyeron almacenes, torres y murallas. Respetaron la vida, la libertad y la propiedad de los vencidos, y recibieron



VASO DE LA ALHAMBRA

en cambio hasta cuatrocientos cautivos que gemían en lo profundo de las mazmorras, muchos desde la desgraciada expedición de la Ajarquía. No fué de pocos resultados para Castilla la toma de esta ciudad. Aterrados los alcaides de las fortalezas y pueblos de la comarca, se apresuraron á entregar sus plazas estipulando las más ventajosas condiciones; y pertenecieron desde entonces á los reyes Yunquera, Monda, Tolosa, Casares, Montejaque y hasta el castillo de Gaucín, cuyos sombríos restos no parecen sino la continuación de la peña que le sirve de cimiento; pertenecieronles además otras siete villas de la sierra de este mismo nombre, diez y nueve de la del Haraval, doce de la de Villaluenga, todo el valle de Cartama y toda la tierra de Marbella, lugares los más fragosos y difíciles para la conquista. Aumentaron los disturbios en Granada, donde fué destronado Muley

en cambio hasta cuatrocientos cautivos que gemían en lo profundo de las mazmorras, muchos desde la desgraciada expedición de la Ajarquía.

No fué de pocos resultados para Castilla la toma de esta ciudad. Aterrados los alcaides de las fortalezas y pueblos de la comarca, se apresuraron á entregar sus plazas estipulando las más ventajosas condiciones; y pertenecieron desde entonces á los reyes Yunquera, Monda, Tolosa, Casares, Montejaque y hasta el castillo de Gaucín, cuyos sombríos restos no parecen sino la continuación de la peña que le sirve de cimiento; pertenecieronles además otras siete villas de la sierra de este mismo nombre,

y proclamado el Zagal, varón de instintos belicosos, pero de pasiones tal vez demasiado exaltadas, que no cesó un momento de pensar en deshacerse de Boabdil, ni vaciló en recurrir para ello hasta el asesinato. Muley, enfermo, decaído, cansado de luchar en el exterior con los cristianos y en el interior con sus propios hijos, consintió en abdicar la corona en favor de su hermano y se retiró á Mondújar, donde murió á poco sin más consuelos que los de Zoraya y sus dos hijos, mas no detuvo con esto la caída del reino, como tal vez esperaba, antes avivó más las guerras civiles dando lugar á que Boabdil se presentase con mejor derecho que nunca á reclamar el trono. Esa misma muerte de Muley vino por otra parte á complicar de una manera lamentable la situación de los pretendientes. Aixa hizo correr la voz de que su esposo había sido envenenado por el Zagal, y hasta los más entusiastas por ese príncipe, á quien habían granjeado no pocas simpatías su resolución y su ardimiento en los combates, trocaron cuando menos en frialdad el respeto y el amor que le tenían. Comprendiólo el Zagal y procuró, dominando sus instintos, entrar en negociaciones con Boabdil, á quien más aborrecía. Convino en que se dividiera entre los dos el reino, viviendo ambos en Granada y ocupando el uno el palacio del Albaicín y el otro el de la Alhambra; mas una alianza hija de las circunstancias ¿podía durar mucho tiempo?

Boabdil condescendió con lo que el Zagal le proponía. Partió de Córdoba á Loja, de Loja á Granada; y al saber que los reyes iban sobre aquella ciudad con un ejército de cuarenta mil infantes y doce mil caballos, aunque dudó en un principio si le era útil ó no dejar abandonada enteramente á su rival la corte, enarboló en la Puerta Monaica su bandera y partió al frente de quinientos jinetes y cuatro mil infantes. Apenas llegó á Loja, cuando vió ya cerca al enemigo: se exaltó, cayó sobre el marqués de Cádiz y D. Alonso Aguilar, que se apoderaban á la sazón del campo, y á pesar de verse menor en fuerzas y rechazado una y otra vez por sus contrarios, cargó hasta que cayó